

—El tal Mala-lengua debía ser un animal, interrumpió á esta sazón uno de los oyentes.

—Todos ustedes lo conocen,—continuó Tiburón.—Pues voy al caso. Cuando el pobre se vió á la sombra y meditó en la barbaridad que había hecho (porque es claro que estas cosas se suelen hacer por gala y mala costumbre, y por mor de echarlas de plancheta), Mala-lengua mandó llamar al Padre, y muy sumiso, le pidió perdón de rodillas, que al fin y al cabo, él no era malo... malo en el fondo que digamos.

—¡Me alegro!—exclamó en este momento muy conmovido Tabardillo, con asombro de los que le escuchaban. Yo lo mismo digo una cosa que otra, añadió. Con Dios no hay que gastar bromas, y si había hecho mal hizo bien en decirlo.

Todos se sonrieron al oír esta salida inesperada del terrible Tabardillo.

—¡Cabal! asintió Tiburón, continuando su narración.—Pero no se figuran ustedes cómo vino á pagar su pecado Mala-lengua.

—Le sacarían la multa.

—Era un pobre pescador que no tenía más que sus remos naturales, observó Tiburón.

—¡Le darían una buena paliza!

—Le echarían á presidio.

—Nada de eso y más que eso,—prosiguió el marino.—El juez ya quería hacer una hombrada con la ley en la mano, pero el P. Jesuíta le suplicó que le dejase á Mala-lengua por su cuenta.

—¡Pa zurrarle la badana?

—¡Ca... pote! Ahora lo verán ustedes.—En primer lugar, el Padre le llevó ropa de abrigo y comida todos los días á la cárcel, para que viera que si Mala-lengua insultaba á Dios, Dios que era su Padre y que llueve sobre buenos y malos, no se olvidaba de Mala-lengua.

—Eso estaba bien,—volvió á interrumpir Tabardillo.

—Yo que lo ví con estos ojos que ha de comer la tierra, les aseguro á ustedes que en jamás había estado Mala-lengua tan bien cuidado y mimado en su casa como lo estuvo en la prevención por aquel par de santos. Y no crean ustedes que se fastidiaba de estar solo, porque el Padre, que calaba mu hondo, le dió aquellos días una cosa que llaman los... *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola.

—¡Mejor hubiera tomado él un jarro de vino!—dijo un chistoso.

—Se equivocan ustedes. ¡Ca...nastos! No todo ha de ser en esta vida atracarse como la mula Coronela y el macho Peregrino, que es lo que mismamente decía el Padre. ¡Con que limpias la chimenea pa